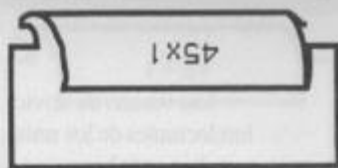


FRAGMENTOS PARA LLEGAR A UN POETA



No sé cuántos éramos ni por qué tomamos por asalto y tan hambrientos la casa de los Flores, en la calle Barreiro, pero tengo un dato: cuando terminamos de instalarnos alrededor de la mesa del comedor, no quedaba sitio para Maneco que, a esa altura, ya había desaparecido en la cocina.

Debe haber pasado más de una hora yendo y viniendo, equivocándose y derramando, hasta dejar la mesa cubierta de todos los elementos de un té completo, reforzado por quilos de medialunas recién traídas de la panadería. Fue una avalancha. Ni siquiera registramos que nuestro anfitrión, por atendernos, todavía seguía sin sentarse a la mesa y sin lugar para hacerlo.

En un momento, cuando estaba por entrar una vez más a la cocina, Maneco se dio vuelta y envolviéndonos en una mirada resignada y sobradora, apoyando una mano en el marco de la puerta, nos gritó:

- ¡Coman, desgraciados!

La frase y el tono en que fue dicha merecerían cerrar un acto de comedia pifante.

No era la primera vez que estaba en lo de Maneco. Conocía a toda la familia. Durante el invierno del 45, cuando sólo éramos un grupo de cuatro, caíamos por allí Maggi, mi hermana Chacha y yo y encontrábamos al locatario de poncho, sentado en su sillón Morris, único mueble en aquel enorme cuarto vacío que todos, sin la menor ironía, llamábamos «el escritorio de Maneco». Había además del Morris un viejo receptor de radio con Gardel y Troilo, un mate y un termo azul y lo que se traía de aquí y allá para el momento: sillas del patio, libros y apuntes, la Remington que Maneco hacía volar (era un dactilógrafo formidable), tazas y tazas llenas y vacías de café y de puchos. No bien llegábamos, como en un rito, se procedía a ese acarreo de muebles y enseres y empezaba la reunión a alto nivel, en la que siempre campeaba, de una manera u otra, el maestro Hemingway. Sólo la celda monacal que se construyó Mario Arregui para escribir, en la estancia, (una pieza de dos por dos sin ventana con una mesa de hormigón) podía competir con la austeridad catoniana del escritorio de Maneco. Con todo, resultaba mucho más confortable esa pieza altísima que pasar largas horas en la Conaprole de Pocitos, consumiendo despaciosamente una soda Belgrano con limón; mi hermana Chacha, siempre tan considerada, había descubierto que era un centésimo más barata que el café y me sometía también a mí al sufrimiento de ingerir aquella bebida insulsa y helada en pleno junio.

Las visitas de novio, a la manera tradicional, no se avenían con los berretines intelectuales de los unos y de las otras. A falta del Café de Flore, teníamos nuestras tertulias en la burguesa calle Barreiro que, al parecer, cumplía con los requisitos de la bohemia literaria imprescindible, a pesar de ser una casa de familia como todas.

El zaguán hacía de línea divisoria entre dos mundos: de un lado la sala, amueblada de acuerdo a la más pura tradición montevideana (tenía hasta espejo) y del otro, el escritorio de nuestro amigo, hecho a la medida de una concepción ascética del mundo o simplemente, de una economía que no daba para poner a punto la totalidad de una casa tan grande.

Aparte de esa habitación de avanzada, que daba al hall de entrada, Maneco usufructuaba de otros dos cuartos contiguos (privilegio del mayorazgo).

Sé por referencias, que de esos dos cuartos también vacíos, salían por las mañanas contingentes de amigos del primogénito que se habían quedado a dormir allí, sin otro trámite que tirar un colchón al suelo.

Los demás miembros de la familia, al bajar de los dormitorios de la planta alta, solían encontrarse con Maggi, mi primo Juan José Silva Delgado o Leopoldo Novoa, que eran amigos de la casa, pero también podía suceder que se toparan con alguno de los desconocidos que albergaba Maneco, siempre pronto a dar una mano a los amigos, como Bicho, el negro guitarrero u otro cualquiera, de más vaga filiación, que se había encontrado en «La Rana» y no tenía dónde dormir.

La Rana era un café que quedaba a una cuadra, con mesitas al aire libre, donde Maggi y yo tomábamos grapamiel. Yo lo confundo siempre con un recreo que había por allí cerca, también al aire libre, donde fuimos a bailar la noche que Maneco se apareció con una faja de algodón negra en la cintura, a la manera de un changador. Hace pocos días, vine a desayunarme que el detalle de la faja de algodón y el pelo largo, cayendo sobre la nuca, eran rebeldías sin causa, pero además, vagas veleidades de taitas de arrabal tangueros y suburbanos; figuraciones que rondaban por igual a Maneco y a Maggi y que les dieron un cierto prestigio misterioso para nosotras, muchachas que nunca habíamos salido del Centro o de Pocitos.

Haciendo a un lado esas manifestaciones de esteticismo machista, vuelvo a la calle Barreiro. Además de la población flotante de la planta baja, vivían en esa casa la madre de Maneco, sus tres hermanos, la tía Elvira y alguna representante del servicio doméstico, que se renovaba dos por tres.

No creo haber conocido a la muchacha que llegó directamente de los campos de Rivera y amagó quedarse para siempre en las alturas, inmovilizada por un pánico parecido al que me atacaría a mí, si me obligaran a saltar en paracaídas. Después de llamarla un rato sin obtener respuesta, Masángeles, la madre de

Maneco, subió al piso alto y se la encontró ahí, considerando los peldaños con preocupación, como si se viera abocada a resolver una ecuación de segundo grado.

- *¿Qué pasa?*

- *No sé bajar* -contestó la muchacha.

Nunca había visto una escalera. Creo que al final transó en bajarla sentada, escalón por escalón.

En cambio conocí a quien vino a sustituirla, el personaje que cobrando exactamente como una mucama, haciendo el trabajo de una mucama y pensando como una mucama, no lo era: había nacido varón.

Este detalle congénito, sin embargo, no parecía haber incidido demasiado en aquella criatura que, hasta para barrer, circunvolaba.

Cuando se enteró que el joven de la casa era escritor, se animó a descubrir su vocación secreta por la poesía. A partir de entonces, se le presentaba a Maneco con los papeles en la mano y le decía:

- *Anoche terminé este poema, pero hay una o dos palabras que no sé lo que quieren decir. «Indistintamente», ¿qué es?*

Las palabras que no entendía variaban, por supuesto, todos los días, pero el tipo de consulta era la misma.

Un día llegué y ya no estaba. Se había volado, supongo.

En los meses suaves, primavera y verano, íbamos todos los días a lo de Maneco. Hasta el Fiat 27 que se había comprado Maggi quedaba ahí, frente a la puerta y de cuando en cuando dábamos una vuelta. Era el principio de la post guerra y todavía la nafta estaba racionada. Por otra parte, la cachila tampoco estaba como para excederse en kilómetros. No tenía luces, frenar no frenaba y para arrancar había que darle a la manija. «La pantera gris», la llamábamos. Era el nombre del auto de Sexton Blake, un detective mal escrito en el que nunca reincidenté después de empezar a leer la colección del Séptimo Círculo. Sólo una vez fuimos al centro, de noche, con La Pantera. Tuvimos que atarle una linterna al parabrisa, como luz de posición. Fuimos al Teatro 18 de Julio y «ella» quedó esperando en Soriano y Ejido (para no cruzar 18). A la vuelta nos esperaba una sorpresa: en el asiento trasero un bichicome dormía plácidamente. Estaba en su elemento. Ya se lo había dicho a Maggi el tío Miguel: «No dejes sin llave ese auto, te van a dejar una limosna adentro.»

Cuando «La pantera gris» se rompió por primera vez (nunca supimos por qué) ahí quedó, en la calle Barreiro, por más de un año, hasta que un cosaco saltador de caballos, que era amigo del Tola Invernizzi, la vendió. Pero esa es otra historia.

Entrar o salir de la casa de los Flores tenía su requisito: había que preguntar por la tía Elvira. Cada vez que alguien llegaba o estaba por irse, la tía Elvira se emboscaba en el rellano de la escalera para ver si preguntaban por ella y si no lo hacían, se presentaba para reprochar el olvido. Menuda, de pelo blanco y con una cintita negra de terciopelo al cuello, como una gargantilla de luto, se ponía a rezongar bajito cada vez que pasaba cerca una bandeja con pocillos de café. Después me enteré: como contribución al presupuesto familiar, ella pagaba el café de su bolsillo. Era su único aporte.

Debía tener más de ochenta años, pero se azareaba mucho cada vez que Maggi la saludaba con un beso.

- No tenés por qué ponerte celosa -me explicaba-. Es como un hijo para mí.

Los muchachos siempre le estaban buscando la boca para que contara su gran anécdota. Había estado casada muchos años y el marido no dejaba de darle dolores de cabeza.

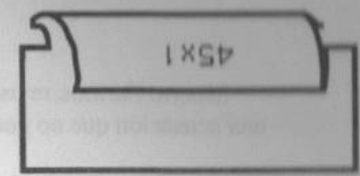
- Un día se fue -contaba- y no volvió. Entonces fui a la Iglesia y le pedí a Dios que lo castigara. Ese mismo día me avisaron que se había muerto. Yo no había pedido tanto.

Creo que la tía Elvira necesitaba, para vivir, respaldarse en la madre de Maneco. Siempre estaba rondándola o por lo menos la recuerdo así, levantando la cabeza para hablar con Masángeles, que era muy alta y tenía el porte de una reina. También grande e imperial era Magela, la hermana de Maneco. Era hermosa, Magela, y decidida: en cuanto compraron el Citroën se sentó adelante y manejó, sin saber del todo. Un día de noviembre (mi cumpleaños) la vi llegar a casa en su automóvil, como si se tratara de un palanquín. Traía el motor apagado y una legión de solcitos voluntarios detrás, empujando el coche. El Citroën se le ahogaba al arrancar, pero ella seguía adelante.

Estos intentos de reconstruir fragmentos de la casa de la calle Barreiro estuvieron encaminados, desde un principio, a acercarme a Carlitos Flores, el Rubio Flores. Allí lo conocí, entre los altos muros de la vieja casona, cuando seguramente todavía no había escrito:

*«Si vieras la penumbra presuntuosa
deslizarse, vagar de pieza en pieza
tu también llorarías, Oh Lejana,
viendo en tus manos, rota
la delicada trama de la casa.»*

Era un poeta, claro, pero yo no lo sabía y a lo mejor él tampoco, en esa época. Para mí, era uno de los hermanos menores de Maneco, como Diego, que según



decían pintaba como un crack de fútbol. Extrañamente, seguí viéndolos a los dos -Carlitos y Diego- como dos chiquilines, aun después de saber que el Rubio tenía los mismos años que yo. A veces me cruzaba con él en el zaguán o en el hall. Saludaba, mascullando algo y seguía, como si tuviera algo urgente que hacer. Y a veces ni siquiera saludaba. A Santo Tomás le decían «El bove» porque también rumiaba sus cosas sin atender al mundo exterior.

Tardé años en darme cuenta que, además de tímido, era distraído, más distraído que yo, que ya es decir bastante. Estaba en lo suyo.

Una vez, mucho tiempo después, Carlitos, que estaba de viaje con Manolo, nuestro común sobrino, empezó a caminar con dificultad y Manolo entró a preocuparse. Se quedaba atrás. Había que esperarlo. Toda la tarde remolcó Manolo el dificultoso avance de su tío por las calles de París.

¿Te pasa algo?, le preguntaba y el Rubio contestaba: «No. Es que me cuesta caminar.» Al día siguiente, Carlitos explicó, muerto de risa: «Ayer no podía caminar porque llevaba un cinturón con la plata, abajo del pantalón y se me había bajado. Me di cuenta al desvestirme.»

Tan absorto había andado por las calles de París, tan entregado a los encandilamientos de afuera y de adentro, que no había registrado el cinto que le trababa el paso.

Hace unos años, cuando el Rubio ya vivía desde hacía tiempo en su casa de Carrasco, Maneco entró llamándolo y lo encontró en medio de una habitación en sombras. Eran las siete de la tarde.

- ¿Por qué estás así? -preguntó- ¿Por qué estás a oscuras?

- No sé -dijo el Rubio con toda tranquilidad.

- ¿Por qué no prendés la luz?

- Es que no sé dónde está la llave.

La última vez que vi a Carlitos Flores fue el día que murió Maneco. Llegamos al local de la empresa antes que empezara a llegar la gente. Subimos la escalera, nos enfrentamos a lo que no queríamos y terminamos bajando a la cafetería. Allí estaba el Rubio en una mesa, solo, y nos sentamos con él. Sin ningún preámbulo, después de apurar el último sorbo de café, se puso a hablar de cosas sutiles, pequeños hechos o ámbitos de los más escondidos, inapresables. Fue un monólogo imposible de recordar. Más que lo que dijo valía el clima, el lugar de donde aquello estaba manando. Puso el alma sobre la mesa, como hubiera podido hacerlo un personaje de Dostoievski. Habló por primera vez, después de tantos años de conocerlo (sin conocerlo) y ya ahí empecé a lamentar la distracción imperdonable de no haberlo tratado más de cerca.

Muerto Carlitos, reviso sus poemas y encuentro estos versos que se me hacen una acusación que no puedo levantar.

*«Así es la vida, Lise, pasa apenas,
apenas se demora y ya se ha ido.»*